



VOCACIÓN CRISTIANA Y REVELACIÓN (Respuesta del hombre al Dios que habla)

JOSE-MARÍA SOUTO-UGIDOS

En este artículo se pretenden aproximar los conceptos de vocación cristiana y revelación¹, mostrando que hay una estrecha relación entre ambos.

Para eso se analiza el concepto de vocación cristiana, se exponen algunos de sus rasgos esenciales y se describe en el hombre que ya está bautizado porque se bautiza de niño.

A la vez se detallan las características de la revelación que muestran porqué, cómo y en qué medida se puede decir que la vocación es una cierta revelación.

Conviene ya desde el principio hacer notar que cuando se habla de vocación cristiana en el presente trabajo se mantiene que es la única vocación que existe en el cristianismo. No parece correcto distinguir entre la «universal vocación bautismal cristiana a la santidad» y «vocación a la elección de estado» como si fueran dos vocaciones, o dos realidades distantes.

1. Cfr. R. LATOURELLE, *Revelación*, en Diccionario de Teología Fundamental, pp. 1232-1289, Paulinas 1992, en donde no se hace ninguna mención de la vocación en relación con la revelación, como es habitual en los tratados de revelación. CONGAR habla de un cierto «espíritu de revelación» al tratar el tema de la vocación cristiana: vid. Y. CONGAR, *La fe y la teología*, Herder 1981, pp. 107-130. Recientemente en el Simposio de Teología de la Universidad de Navarra, el prof. Illanes ha defendido en una comunicación la necesidad de introducir el concepto de Vocación para explicar con profundidad la riqueza de la Revelación. Cfr. J. L. ILLANES, *En torno al concepto de Revelación y las categorías que permiten expresarlo*, pp. 1-10, en *Actas del XIII Simposio de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, Eunsá, Pamplona 1992 (en prensa). En la introducción describe sumariamente la situación de la reciente literatura teológica en este campo.

Y, por tanto, cuanto aquí se refiere a la vocación se trata siempre de una vocación bautismal personal: particularizada, determinada y especificada mediante un proceso que se inicia con el descubrimiento de la santidad y apostolicidad de la vida cristiana para ir sucesivamente concretándose en todas sus formas y perfiles de acuerdo con lo que se podría llamar la personalidad de la vocación: el conjunto de rasgos de cada vocación cristiana que la particularizan, la personalizan y la hacen propia.

En este trabajo se excluyen, además, los procesos de «conversión» antecedentes o consecuentes a la misma vocación cristiana; como son la conversión al cristianismo, o las sucesivas conversiones que se dan en la vida cristiana: serias decisiones a la santidad como gracias eventuales de Dios². Se excluyen precisamente porque los procesos de conversión en la vida del cristiano, si bien tienen una cierta semejanza al de la vocación bautismal —también son llamadas de Dios— no parece que deban considerarse desde el punto de vista de la Revelación por cuanto se trata del simple descubrimiento de las obligaciones generales de vida cristiana o deberes que conciernen hoy y ahora a un cristiano concreto. Esas llamadas a la conversión consisten justamente en la fe teológica acompañada de las gracias actuales de iluminación, y de moción, necesarias para los actos salvíficos que forman la vida sobrenatural ordinaria de ese cristiano.

También se excluyen aquí las demás tareas a las que un cristiano puede ser «llamado» en la Iglesia porque no gozan de la radicalidad bautismal.

Por último, se hace notar que en el desarrollo de las ideas se oscila, algunas veces, entre la consideración objetiva de las diversas situaciones salvíficas y el mero aspecto subjetivo por el cual el agraciado es expresamente consciente de ese favor divino, como es fácilmente comprobable en su lectura, porque en la misma realidad de la vocación se hayan íntimamente compenetradas y unidas la acción de Dios y la respuesta del hombre. Así este modo de exponer puede que facilite, sin desvirtuar, la comprensión de esta riquísima realidad del cristianismo que llamamos vocación.

En *resumen*: al hacer una descripción esencial de la vocación cristiana se pone de manifiesto uno de los rasgos que parece mas propio, que mejor la identifica: una cierta revelación personal de Dios al hombre, a cada

2. La primera conversión a la fe, quizá admita ser una excepción —cfr. Gal 1, 11-16— y pueda incluirse en lo que el artículo conoce como «prehistoria de la vocación»: cfr. parágrafo titulado «la vocación como revelación del ser histórico del hombre».

hombre. Se estudia entonces en qué consiste esta revelación característica de la vocación cristiana.

1. Introducción

Al desarrollar recientemente el concepto de revelación en los trabajos teológicos suele destacarse la dimensión personal entre Dios que se autorrevela y el hombre.

La evolución doctrinal y teológica de estos últimos años, más fiel al dato bíblico y a la experiencia viva del existir del cristiano —y menos condicionada por contraposiciones polémicas— ha traído consigo como consecuencia la aparición y difusión de *nuevas categorías* para explicar el término revelación, que tienen todas un rasgo en común: el horizonte personalista³.

En el Concilio Vaticano II se podía leer:

«Cristo en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (*Gaudium et Spes*, n. 22)⁴.

«Es digno de notarse que el mismo Concilio Vaticano II, al intentar perfilar en la Cons. *Gaudium et spes* la respuesta cristiana que esclarece el misterio del hombre, lo haya hecho acudiendo precisamente a la idea de vocación:

«La fe alumbrá con luz nueva todas las cosas y pone de manifiesto el propósito de Dios con respecto a la vocación integral del hombre» (n. 11)⁵.

3. Cfr. J. L. ILLANES, *En torno al concepto de Revelación y las categorías que permiten expresarlo*, pp. 1-10, en *Actas del XIII Simposio de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, Eunsa, Pamplona 1992 (en prensa).

4. Este versículo del documento conciliar es casi un lugar común en el magisterio de Juan Pablo II como ha mostrado brillantemente C. IZQUIERDO, «Cristo manifiesta el hombre al mismo hombre» en *Dios y el hombre*, *Actas del VI Simposio Internacional de Teología*, Universidad de Navarra, Pamplona 1984, pp. 650-674.

5. Cfr. J. L. ILLANES, *Vocación II*, en *GER*, Rialp, Madrid 1984, p. 660. El contenido de este artículo se encuentra también en J. L. ILLANES, *Mundo y santidad*, col. *Patmos*, Rialp, Madrid 1984, pp. 97-120: c. IV. *La vocación divina, verdad del hombre*, enriquecido con algunas notas más explícitas.

Cuando hablamos de vocación cristiana nos referimos a un riquísima realidad humana y sobrenatural que caracteriza a la religión proclamada por Jesucristo y la distingue radicalmente de cualquier otra porque en ella se articula de una manera peculiar la iniciativa divina y la respuesta humana.

Dentro de esta realidad nuclear en el cristianismo parece encontrarse una secuencia que podríamos describir del siguiente modo:

elección-llamamiento-revelación-aceptación-entregamiento.

Con frecuencia al utilizar la palabra vocación nos referimos bien al llamamiento, bien a la situación existencial del sujeto que dice «tengo vocación», sin darnos, quizá, cuenta que entonces pasamos del plano objetivo al subjetivo. Algo semejante nos sucede con el concepto de revelación.

También parece indudable que la revelación es salvífica, es decir está hecha con vistas a la liberación y salvación del hombre caído. Lo mismo sucede con la vocación.

Así puede hablarse de la Revelación como parte de la Redención objetiva; mientras que la Vocación se inscribe en el ámbito de la Redención subjetiva. Y, sin embargo, tanto la Revelación como la Vocación pueden situarse, en algunos casos, de manera diversa. Por ejemplo, la Vocación en cuanto elección divina pertenece a la Redención objetiva, mientras que la Revelación en cuanto respuesta del hombre, se sitúa mejor en el aspecto subjetivo de la Redención.

No se trata, por tanto, de una equiparación de los dos términos, vocación y revelación, indiscriminadamente —lo que entrañaría riesgos de confusión soteriológico—, sino que se pretende mostrar cómo en la vocación puede hablarse de una cierta «revelación» de Dios a la criatura: el hecho de la vocación proporciona al hombre un nuevo conocimiento de Dios, de sí mismo y de las relaciones del hombre con el mundo que le rodea, en orden a su salvación.

Precisamente al defender que la vocación entraña una revelación queremos también subrayar que la redención nunca es auto-redención en sentido estricto.

La toma de conciencia que acontece en el hombre mediante la vocación no es una auto-revelación, sino que exige una intervención personal de Dios que revela⁶.

6. En el contexto actual, a veces se tiende a rebajar el carisma de la Inspiración a una experiencia personal de lo divino, que luego se comunica a otros por iniciati-

Los efectos redentores de la vocación y esa experiencia personal de lo divino que brota de lo profundo del misterio del hombre no puede entenderse, ni explicarse adecuadamente sino es porque hay un actuar divino personal, salvífico y revelante, que forma parte de los que hemos venido llamando vocación cristiana, que la configura como un misterio de la misericordia divina.

2. *La vocación revelada*

Al leer las Sagradas Escrituras llama la atención la elevada frecuencia con la que aparecen escenas de vocación: ocasiones en las que Dios interpela al hombre y le llama. La vocación se encuentra relacionada estrechamente con la historia de la Revelación y con la Revelación misma.

Así en la Biblia, cuando Dios llama a alguien habitualmente se le revela, y le da a conocer los misterios de su Voluntad; y frecuentemente le hace un encargo, le da una misión que cumplir.

En efecto, la Revelación siempre va acompañada de una relación personal de Dios con quien recibe el mensaje revelado. Tanto en el Nuevo, como en el Antiguo Testamento, el hecho de la revelación parece ligado a personas elegidas; a veces, formando grupo y, a veces, no: Abraham, Moisés, los Jueces, los Profetas, los Apóstoles, Pedro o Pablo, la Santísima Virgen o S. José.

Cuando Dios llama, por ejemplo, a Moisés para que protagonice el éxodo, tiene lugar entonces una de las más importantes autorrevelaciones de Dios quien responde a la petición de Moisés dándole a conocer su Nombre, es decir, su identidad.

En los Profetas encontramos, más o menos explícitamente este mismo esquema: Elección-Llamada-Revelación. A veces Dios les confiere una misión y los poderes adecuados para realizarla y otras veces no.

En el NT el caso mas claro es el de Nuestro Señor Jesucristo en quien culmina la elección divina y a quien se ordena toda la tradición veterotestamentaria: El es el Elegido de Dios. En su elección se nos revela su Filiación divina —y la nuestra— y tienen lugar diversas teofanías trinitarias.

va particular, anulando así la *locutio Dei*. Por tanto no debe urgirse demasiado la similitud entre Revelación y Vocación para no incurrir en el reduccionismo antes citado.

Así también en la vocación de la Stma. Virgen, donde la llamada conlleva la revelación trinitaria explícita, quizá por primera vez en la Historia de la Salvación.

Al estudiar el concepto de vocación en el NT se concluye que en la mayoría de los textos en los que se encuentra la palabra vocación, o la acción de llamar, su contexto es siempre la santidad entendida como fe, perseverancia, fidelidad o novedad de vida, relacionada, en algunos casos, con la catequesis bautismal y tratada, casi siempre, desde una perspectiva escatológica, es decir en vistas a la plenitud de la Vida eterna.

Pero siempre, con el hecho de la llamada, tiene lugar una revelación: en forma de diálogo, oracional en algunos casos; iluminaciones interiores o con manifestaciones externas. Siempre se produce una comunicación que proporciona algún conocimiento de Dios, del hombre o del mundo con vistas a la salvación.

En consecuencia: en las Sagradas Escrituras, tanto en el AT como en el NT, elección-llamamiento-revelación forman parte de una misma realidad, de un mismo hecho salvífico divino.

Este esquema bíblico no es válido sólo para la Revelación objetiva y ya terminada, sino que parece también un paradigma porque, en cierto modo, da a conocer el actuar de Dios en toda vocación y enseña qué sea la misma vocación⁷.

Algo parecido a la descripción bíblica de la vocación tiene lugar también en las relaciones humanas. Cuando me llaman, enseguida pregunto quién es; entro en diálogo con él para saber qué quiere y, a la vez, pienso qué puede pretender, qué finalidad tiene aquello que me propone, mas allá incluso de su intención.

Si además, el que me llama quiere entablar conmigo una relación estable de amistad, por ejemplo, o de negocios o de amor sexual, aquello re-

7. Así sucede en varios pasajes bíblicos. Por ejemplo, Io 1, 35-42 que es comentado por el Papa JUAN PABLO II, Exort. Apost. post Sinodal, *Pastores dabo vobis*, 25-III-1992, p. 88-89. Cfr. tb. JUAN PABLO II, *Carta a las personas consagradas*, 22-V-1988: «Al meditar sobre el hecho de la Anunciación pensamos también en nuestra vocación. Esta supone siempre un cambio profundo en nuestra relación con el Dios viviente. A cada uno y a cada una se os ha abierto una perspectiva nueva y se ha dado un sentido y una nueva dimensión a vuestra existencia cristiana. El momento de la vocación se refiere siempre de un modo directo a una persona, pero —al igual que en Nazareth durante la Anunciación— significa al mismo tiempo, un cierto «revelarse» del mismo Dios».

quiere también una decisión mía; no basta mi aceptación, ni tampoco solo su propia elección.

En este contexto de la experiencia humana, habría que recordar como en algunos de los escritos de la antigüedad —que pueden considerarse —no sin razón— como tratados breves de filoso-teología ascética precristiana— la Apología de Sócrates, por ejemplo, se encuentran, también en este tema como en otros, intuiciones certeras de la relación que existe entre vocación y revelación⁸.

Por otra parte, en la práctica de la pastoral vocacional muchas veces se ha comprobado que los procesos de acompañamiento en la vocación requieren prioritariamente fomentar la piedad ilustrada con las luces que se obtienen de temas propios de la teología fundamental.

Asimismo, al meditar en el Misterio de la Iglesia —depositaria de la Revelación— se comprende que es un misterio de vocación. La Iglesia es una convocación y comunión de los hombres entre sí, y con Dios. La vocación define lo más profundo del ser propio de la Iglesia.

Parece, pues, fundado sostener que el concepto de vocación está estrechamente relacionado con el de revelación.

Y, en definitiva, suponer que la vocación infunde un conocimiento y un trato nuevo con Dios porque se ha producido en nosotros una cierta revelación.

Y revelación en sentido propio. Aunque es claro que no puede tratarse de una revelación pública. La vocación ha de incluirse más bien entre los dones y carismas con los que el Espíritu Santo enriquece a los fieles para que puedan comprender cada vez mejor la Revelación, la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre⁹.

8. Cfr. PLATON, *Apología de Sócrates*, Espasa-Calpe, col Austral n. 63917, Madrid 1989, pp. 56, 60, 67, 81. Por ejemplo, cuando Sócrates dice: «el dios de Delfos me ordena, según pienso, pasar mis días filosofando, examinándome y examinando a los demás... mucho os respeto y os amo, atenienses, pero antes es dios que vosotros, y a dios tengo que obedecer... porque sabedlo bien, eso es lo que dios me ordena. Estoy seguro que lo mejor que os haya podido ocurrir en la República es esta sumisión perfecta de mi parte a los mandatos del dios» (1ª, XVIII, p. 56); y «Siento en mí algo divino y sobrenatural, una voz demoníaca... que viene hablándome desde la infancia» (1ª, XIX, p. 60); y por fin: «Tal es, como os digo, la misión que el dios me diera por la voz de los oráculos, por los ensueños, por cuantos medios se vale la voluntad divina para manifestarse al hombre» (Parte 1ª, c. XXII), p. 67.

9. Efectivamente, el mismo Concilio Vaticano II afirma de la Revelación que: «Así Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa

Porque el hecho vocacional forma parte de la Revelación misma: en su aspecto objetivo, como acción divina; en el subjetivo, en cuanto respuesta del hombre.

3. *La vocación como acción divina*

Elegit nos in Ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius in caritate (Eph 1, 4).

Quos praedestinavit hos et vocavit et quos vocavit, hos et iustificavit, quos autem iustificavit illos et glorificavit (Rom 8, 30)

Radicalmente, la vocación se fundamenta en la elección que Dios mismo hace de la persona que quiere llamar, y de la misión que le quiere conferir.

La vocación está un primer momento en la mente divina, está en Dios, forma parte del misterio de su Entendimiento y de su Voluntad.

Persona y elección están estrechamente relacionadas: la *veritas vitae* del hombre consiste en el cumplimiento de la destinación del Entendimiento divino¹⁰.

Esa elección es de vida en Cristo. Es desde siempre para un momento concreto de la historia del hombre, que se resume en Cristo; para el hoy de la persona que nace a la fe y al amor: *Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (Col 1).

En consecuencia, la vocación no es una simple iluminación sino comunicación de vida sobrenatural que ilumina. Esta donación de vida de la Stma. Trinidad constituye el origen interno de toda vocación cristiana.

Por último, conviene también distinguir la elección que Dios hace para la vocación cristiana, de otro tipo de elección divina en vistas a un

de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf. Col 3, 16): Cfr. VATICANO II, Const. Apost. *Dei Verbum*, nn. 2.4.5 y 8. Probablemente el mejor comentario a este capítulo de la *Dei Verbum* se encuentre en HENRI DE LUBAC, *La revelación divina*, Madrid 1970, t. I, pp. 181 ss.

10. Cfr. S. TOMAS DE AQUINO, *ST I*, 16, 4 ad 3. Cfr. J. L. ILLANES, *art. cit.* pp. 658-662. «La vocación es una realidad radical que constituye al hombre. La verdad del hombre consiste precisamente en realizar el ser para el que Dios le ha llamado, en conformar la propia voluntad con la de Dios (cfr. *De Veritate*, cap. 4: PL 158, 471-472). El hombre se define así por la llamada» (p. 660a).

suceso que podría confundirse con éste: aquella elección que da lugar a lo que suelen llamarse revelaciones privadas o particulares: fenómenos místicos que estudia la teología espiritual.

La vocación cristiana, no es sólo una revelación en la Iglesia, lo que sucede también en las revelaciones particulares, sino que propiamente constituye la Iglesia misma. Es decir que es para todos los hombres, llamados a participar y constituir el Misterio de la Iglesia.

La elección en el seno de la Trinidad que Dios realiza en vistas a la vocación cristiana es una elección personal, en el pleno sentido de esta expresión: individual, subjetiva, comunitaria, relacional y dialógica, en la medida que esto es posible entre Dios y el hombre.

Y, en eso, entraña la decisión divina de una cierta revelación. Puesto que lo personal de esa elección impide que sea hecha en el anonimato; exige un cierto conocimiento mutuo, no general sino individual; y ese conocimiento de Dios no es posible si Dios mismo no se da a conocer.

La acción divina de la vocación además de una elección, supone una donación, una autodonación de Dios. El Espíritu Santo se hace en nosotros principio de la vocación¹¹.

La acción divina y la respuesta humana que dan lugar a la vocación se desarrollan así: a la entrega de Dios en la Revelación, la criatura responde con el *obsequium fidei*. Ahora bien una fe no es operativa sin la caridad. La fe ya contiene la verdad del amor. Pero hasta que no se le revela en el amor no adquiere su plenitud porque no experimenta el amor, ni a Dios como Primer Amante.

Entonces para imprimir en la persona a quien Dios llama, la realidad de Su amor, Dios mismo despierta con un acto de amor al que deberá ser su amante. Y un acto de amor tal, consiste en una entrega de Dios a la criatura como trino en Personas.

11. *Ibidem*, pp. 49-50: «El Espíritu nos revela y nos comunica la vocación fundamental... a ser «santos e inmaculados en su presencia, en el amor»... Revelándonos y comunicándonos esta vocación, el Espíritu se hace en nosotros principio y fuente de su realización». Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 19-III-1991, n. 1: «la unción con el Espíritu Santo pone en acción primeramente el «don sobrenatural» de la gracia santificante, mediante el cual el hombre se hace partícipe en Cristo de la naturaleza divina y de la vida de la Santísima Trinidad. Tal donación constituye en cada uno de nosotros la fuente interior de la vocación cristiana y de toda vocación dentro de la comunidad de la Iglesia como Pueblo de Dios de la Nueva Alianza».

¿Cual es, entonces, el rasgo específico de la elección para la vocación cristiana?

Lo propio parece consistir en que los elegidos son llamados para la santificación mediante una cierta revelación que les permita entrar en comunión de vida, y de amor y de verdad con Dios; es decir en comunión con las Personas divinas: no en lo que tienen de incommunicable —la subsistencia eterna— sino en lo que tienen de relación.

Lo específico de la vocación cristiana parece residir en ser elegidos y llamados a participar por el conocimiento y el amor en lo propio de las personas y de sus misiones divinas: *padres en el Padre*¹²; *hijos en el Hijo*; *esposos en el Espíritu Santo*.

Pues bien, si con la elección de la vocación Dios se compromete a una manifestación y a una entrega a la criatura; y si el fin de esa comunicación es entrar en comunión de vida con la verdad y con el amor de Dios: entonces la vocación deberá ser una cierta revelación de la verdad y del amor de Dios trino en personas.

Así pues, hemos visto hasta ahora que la vocación como elección y como llamada supone e implica en Dios la decisión de revelarse al hombre.

En consecuencia, elección-llamamiento-revelación resumen y describen adecuadamente la acción de Dios en el evento que designamos con el nombre de vocación. Que al situarla en Dios podríamos llamar «objetiva». Es la dimensión objetiva de la vocación.

4. *La vocación como efecto de la acción divina*

Ecce ego quia vocasti me (1 Reg 3,5)

Ego creavi te, et redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu (cfr Deut 32, 6 et Isai 43,1).

Cuando el hombre recibe la llamada, la vocación cristiana, Dios espera una respuesta. Ha de ser una respuesta personal, a una elección personal.

12. Padres en el Padre, pues «(ad Patrem), ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur» (Ephes. 3,15). El hombre, «principio principiado», participa de la paternidad del que es Principio sin principio tanto por la generación natural cuanto por la paternidad espiritual.

A esa llamada de Dios que está primero en la mente divina y en la elección que Dios mismo realiza, el hombre tendrá que responder leyéndola en su propio corazón¹³.

La llamada nos sitúa ahora en el plano del hombre. En el «tu» de la subjetividad humana. Es la dimensión subjetiva de la vocación.

Y esta respuesta del hombre es posible porque hay una propuesta de Dios, un proyecto divino, que forma parte del plan creador y providente del Padre¹⁴, del plan redentor del Hijo y santificador del Espíritu, es decir hay un plan objetivo divino para él, para cada hombre.

Y ese pensamiento eterno del Padre, ese plan objetivo divino que es la *veritas vitae* del hombre, sólo Dios mismo puede hacérselo conocer.

Pues bien, sin la revelación de la verdad de su vida, de la verdad de ese plan amoroso de Dios, el hombre no puede dar una auténtica respuesta vocacional. Sin este conocimiento, su libertad, su decisión para aceptar la llamada divina sería decisionismo. No habría otro fundamento que una fe fiducial.

Y si nos fijamos bien en la respuesta del hombre a la llamada, no es el mero conocimiento el que decide a su libertad para aceptar la elección amorosa de Dios. Interviene principalmente el despertar del amor, la revelación sobrenatural del amor.

Entonces, lo decisivo, lo específico en la respuesta como aceptación al plan sobrenatural de Dios no es el *obsequium fidei*, sino el *obsequium caritatis*, supuesta la aceptación de la verdad de la fe y de la verdad del amor.

Ahora bien el hombre no conoce el amor si no se le revela, si no lo experimenta, si no lo hace propio. Sin esa revelación del amor divino, el hombre mismo nunca entendería del todo lo que significa ser amado por Dios, y desde luego nunca llegaría verdaderamente a saber amar. Y saber amar resulta decisivo para el hombre y su libertad. Sólo el que ama es plenamente libre. Elegir el amor, y no sólo elegir por amor, es el ejercicio propio —específico y pleno— de la libertad.

13. Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía*, Valencia (España), 8-XI-1992: «La llamada del hombre está primero en Dios: en su mente y en la elección que Dios mismo realiza y que el hombre tiene que leer en su propio corazón».

14. Cfr. JUAN PABLO II, *Carta Apostólica a los jóvenes*, 31-III-1985, n. 9: Una persona joven al entrar dentro de sí y a la vez iniciar el coloquio con Cristo en la oración, desea casi leer aquel pensamiento eterno que Dios Creador y Padre tiene con ella... y a la vez «reconoce este proyecto como la vocación a la que Dios le llama».

Y como saberse amado supone saberse valioso para el otro, conocerse como valioso para alguien, sin ese conocimiento de sí mismo que da el amor el hombre no podría amar, porque le faltaría la peculiar autoposición que da el amor y que hace posible la entrega al ser amado.

Ese entregamiento propio del amor exige que la respuesta del hombre sea una elección. Una elección que el hombre realiza de quién será su amor. Una verdadera elección que el hombre hace «de» Dios.

De este modo con la vocación, Dios infunde en el hombre un conocimiento. Revela la propia identidad del hombre al hombre mismo: creado por amor y para amar y para ser amado por Dios (el amor de Dios es creador).

Dios le manifiesta la verdad de la vida del hombre que reside en su Entendimiento divino y la bondad de su Voluntad para con él: le hace partícipe de la misericordia de su corazón de Padre.

En cierto modo, todo el plan de salvación de cada hombre está contenido y en dependencia de esta manifestación de la misericordia y de la bondad divinas que llamamos vocación cristiana.

De esta manera quedan descritas la *aceptación* y el *entregamiento* como elementos que conforman la secuencia que llamamos vocación:

elección-llamamiento-revelación-aceptación-entregamiento

y a la vez se pone de manifiesto qué forma de revelación es la vocación cristiana: revelación sobrenatural del Amor y de la Verdad.

5. *La Revelación y la Vocación cristiana*

La palabra «revelación» no es sólo palabra informativa, sino también —y primariamente— palabra que interpela, palabra que Dios dirige al hombre incidiendo en su situación concreta y buscando en él una respuesta comprometida, existencial.

Toda interpelación transmite una información. La interpelación cristiana, además, nos introduce en el misterio de Dios, dándonos a conocer que es amor y que nos ama; y nos desvela la hondura de nuestro propio ser.

Primariamente la revelación es interpelación porque busca provocar la conversión; porque reclama una respuesta y un reconocimiento; porque intenta concertar un servicio.

El mensaje cristiano —objeto material de esa interpelación— es doblemente existencial:

—por su *contenido*, ya que versa sobre el fondo de lo real —el designio amoroso de Dios— y en consecuencia sobre las coordenadas personales y personalizantes de las que dependen el sentido y el valor de la existencia;

—por su *estructura* formal o expresiva, ya que ese designio divino nos es dado a conocer no a modo de enseñanza fría o despegada, sino como parte de una acción divina que, interrumpiendo el fluir de los acontecimientos, saca del anonimato y la superficialidad y coloca ante la necesidad de responder¹⁵.

La *Revelación* es autocomunicación de Dios a los hombres. El Concilio Vaticano II recoge este término y lo interpreta dando a entender que El mismo es el sujeto y el objeto de la Revelación. De este modo resitúa el contenido de la Revelación mostrando que consiste no sólo en verdades sino en Dios mismo, no sólo en unos «*decreta voluntatis*» sino en el «misterio de su voluntad».

Además la revelación de Dios es «para el hombre», y al hombre revela la no sólo quién es Dios, sino también quién es el hombre mismo.

Lo que, en primer lugar, Dios revela de sí mismo es que es Padre.

La revelación, en cuanto comunicación de unas verdades, no supera el extrinsecismo, es decir, no hace entrar al hombre en una verdadera comunión con Dios trino. La Revelación es una donación de Dios mismo.

La Trinidad es el contenido y la forma, la estructura, de la Revelación, es decir, que Dios es no sólo el sujeto sino también el objeto de la Revelación. De este modo, la Revelación abre *el* misterio, pero sobre todo abre *al* misterio. En consecuencia toda Revelación es llamada y llamada al Misterio.

La respuesta a esa revelación es la aceptación del misterio de Dios que llama a participar en su propia vida y no sólo de una doctrina. En último término es aceptar a Cristo: Hijo, Imagen y Verbo (vida, luz, gloria, gracia, camino, verdad...), tres títulos que designan lo esencial de la acción reveladora de Cristo entre los hombres.

La expresión «palabra de Dios» aplicada a la Revelación, a Cristo mismo en cuanto revelación del Padre, cuenta con una fuerte fundamenta-

15. Cfr. J. L. ILLANES, *En torno al concepto de Revelación y las categorías que permiten expresarlo*, pp. 1-10, en *Actas del XIII Simposio de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, Eunsa, Pamplona 1992 (en prensa).

ción bíblica y manifiesta la trascendencia de la verdad cristiana encargada por El.

Pero precisamente porque la palabra es Cristo —verdadero Dios y verdadero hombre—, se ha de evitar que «palabra» y «hablar» sean entendidos de tal manera que no tengan suficientemente en cuenta los presupuestos antropológicos de la comunicación y no sólo la capacidad del lenguaje para transmitir conocimientos.

A la vez, la verdad histórica de la encarnación de la Palabra exige no subrayar de tal manera la trascendencia de la Revelación —y su diferencia frente al proceso ordinario o natural de conocimiento— que lleve a reducir la palabra a su dimensión oral, excluyendo otras mediaciones expresivas.

Si tenemos en cuenta a los destinatarios de esa misma revelación habría que hablar de una forma antropológica de la misma Revelación.

Entonces la Encarnación viene a ser la base de la Revelación y la razón para creer en ella. Ya no es una pura iluminación, es un *encuentro* con Jesús y por ende con el Padre.

La Revelación tiene su culminación en la muerte y resurrección de Cristo, en donde tuvo lugar el acontecimiento central de nuestra redención; en estos actos salvíficos se produjo una nueva y definitiva revelación de la paternidad de Dios y se nos otorgó el Espíritu que nos introduce en el vivir de Dios mismo. El sentido de la Cruz, y de la muerte de Cristo, se desvela como la revelación radical e irrevocable de que Dios es amor.

Puede darse por definitivamente superada cualquier explicación de la Revelación divina de tipo esencialista, —como si se tratara de una realidad que pudiera existir en sí misma, al margen de toda referencia histórico-concreta—, que piense poder alcanzar el qué de la revelación independiente del *cómo*. Por eso, el «para el hombre» de la revelación no sólo significa que la revelación se constituye de una forma accesible al hombre, sino también que ilumina al hombre sobre su propio ser¹⁶.

La palabra reveladora provoca al ser recibida no sólo una iluminación de la inteligencia y una ampliación del horizonte intelectual, sino una toma de conciencia, es decir, un conocimiento en el que el sujeto se siente implicado:

16. Cfr. C. IZQUIERDO, *Dios Trino que se revela en Cristo*, nn. 1-7, Actas del XIII Simposio de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1992 (en prensa). Estas líneas precedentes son un cierto resumen de esos nn.

- manifestado a sí mismo
- situado ante las dimensiones últimas de lo real
- llamado a actuar en consecuencia.

A lo que Dios aspira al revelarse no es sólo a que se tenga por verdadero lo revelado, sino a que se viva de la verdad de la revelación manifestada; más aún a que el hombre se entregue a ella, porque esa verdad no es otra cosa que la verdad de un Dios que ama al hombre y le manifiesta su amor¹⁷.

Y la verdad que el Verbo comunica es siempre la verdad del amor de Dios.

El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo *mediante* la revelación del misterio del Padre y de su amor. La revelación del misterio del hombre al propio hombre que realiza Cristo es, por un lado, manifestación de la verdad del hombre (su altísima vocación) y, al mismo tiempo, revelación del sentido de su vida, porque es, en realidad, parte de esa misma vocación, como veremos más adelante.

Fijémonos ahora en cómo esas mismas propiedades que se describen de la Revelación pueden aplicarse también a la vocación cristiana sin violentar su sentido.

Mediante la *Vocación cristiana*, el Espíritu Santo, Dios, nos revela y nos comunica un designio divino haciéndose, en nosotros, El mismo, la fuente y el principio de la existencia y realización de la vocación.

Nos hace entrar en comunión con Dios mismo en cuanto trino, por la revelación del amor y de la verdad.

Es, por tanto, una autodonación de Dios¹⁸.

La vocación cristiana no es sólo una iluminación sino una comunicación de vida que ilumina, un *encuentro* que clarifica y compromete. Primero con la paternidad de Dios; luego con Cristo y su seguimiento y enamoramiento, y todo por el Espíritu Santo.

Es precisamente la actualidad de la encarnación redentora —entrar en comunión con el misterio de la Persona y Vida de Cristo— lo que resuelve el proceso de aceptación y la decisión de entregamiento al plan salvador de Dios.

17. Cfr. J. L. ILLANES, *ibidem*.

18. Cfr. R. LATOURELLE, *Teología de la Revelación*, Sígueme, Salamanca 19856, pp. 414; 551; refiriéndose a la Revelación como donación.

La vocación cristiana forma parte del cómo de la revelación para cada uno, facilitando que no sea la revelación histórica y abstracta sino una comunicación personal y concreta de Dios al hombre. A un hombre quizá sí, pero también «para *cada* hombre».

La vocación cristiana nos da a conocer quién soy yo en cuanto a mi personalidad, al sentido y valor de mi vida y del mundo: la vocación nos manifiesta el misterio de Dios y de su Voluntad para mí, en el hoy de mi existencia. Nos da a conocer el «proyecto de vida» como proyecto divino. La *veritas vitae* que hay en el Entendimiento divino y la bondad y el valor que esa verdad tiene para Dios, y por tanto en sí misma.

La fe como respuesta a la Revelación ha de ir acompañada por la vocación en esa misma respuesta. La vocación cristiana es una realidad continuada, que constituye el sustrato de toda la existencia del hombre bautizado, y que está íntimamente relacionada con la fe con la que forma una unidad. La vocación no puede separarse de la *fides qua* por la que entendemos el entero proyecto sobrenatural y humano para el hombre como algo que nos concierne. Así por la revelación del amor, la vocación vivifica a la fe mediante la caridad. Es la fe del enamorado, la fe que nos revela a Dios y nos salva.

La vocación plenifica la fe y la inserta en la vida del hombre concreto posibilitando la santidad. También fortalece en el hombre de la misma fe, en lo que tiene de confianza (*fides qua*); y potencia, con la sabiduría del amor, el entendimiento mismo de la fe en cuanto verdad (*fides quae*).

Por último el Misterio Eucarístico es el lugar donde se forja la vocación cristiana —en coincidencia con la culminación de la Revelación que tiene lugar en la Cruz de la Resurrección de Cristo— y se hace actual mediante la re-presentación sacramental del misterio de la Pascua, misterio donde se manifiesta la infinita misericordia de Dios.

En definitiva en el desarrollo actual del concepto de Revelación parece necesario acudir al término vocación si quiere perfilarse toda la riqueza que encierra la revelación —tanto como acto como contenido— recuperando así con más plenitud su sentido bíblico y existencial, hasta poder afirmar que «el eje explicativo del concepto de revelación está determinado por las nociones de palabra de Dios y de vocación o llamada».

De esta manera, quizá, se puedan evitar mejor aquellos planteamientos sobre la revelación de quienes preocupados por la objetividad de la verdad, pierden de vista toda referencia personalista (escolásticos); o bien de

quienes preocupados por el valor manifestativo de las acciones salvíficas, pierden de vista la necesidad de la palabra misma (liberales)¹⁹.

En consecuencia podemos decir que forma parte decisiva de la vocación cristiana una cierta revelación personal, y por tanto subjetiva, que hace Dios de sí mismo a cada bautizado. Y consiste, formalmente, en la revelación del Amor y de la Verdad.

Esta noticia de la divinidad sitúa al hombre ante la Divinidad y personaliza de un modo pleno las relaciones entre ellos. En particular: le proporciona un nuevo conocimiento de Dios y de sí mismo y del mundo. Y en general, le posibilita un mejor entendimiento de todas las verdades que ha conocido por la instrucción cristiana —*traditio veritatis fide*—, en especial de la verdad del amor y de la verdad de su propia vida²⁰.

6. La vocación como revelación de la verdad

Qui non diligit non cognovit Deum (1 Io 4,8).

Una de las primeras noticias que el hombre tiene de Dios la encuentra en sí mismo como parte del cosmos, es decir de la creación ordenada. En la medida que el hombre se conoce a sí mismo y al mundo, es capaz de entenderse como efecto, como creatura. Y eso supone que en el hombre se encuentra una cierta Imagen de Dios.

19. Cfr. J. L. ILLANES, *En torno al concepto de Revelación y las categorías que permiten expresarlo*, pp. 1-10, en *Actas del XIII Simposio de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, Eunsu, Pamplona 1992 (en prensa). En esta comunicación se expone con claridad el planteamiento actual sobre el tema y la postura personal de este prestigioso teólogo. «En este tema se entrecruzan dos registros, referido uno a la revelación en cuanto acto y otro a la revelación en cuanto contenido... pero la categoría a la que se acuda para expresar la naturaleza de lo revelado está en estricta dependencia del cómo se haya entendido el acto de la revelación». Con este presupuesto desarrolla la comunicación en dos apartados: —«La revelación como palabra, comunicación de saber, doctrina»; y «La revelación como encuentro, interpelación y vocación o llamada». En la Consideración final resume claramente cual es su respuesta a la pregunta que plantea en el artículo: «el eje explicativo del concepto de revelación está determinado por las nociones de palabra de Dios y de vocación o llamada».

20. En los recién nacidos que se bautizan, obviamente no se da esta instrucción previa: la revelación se haya implícita, de acuerdo con las propias capacidades para conocer y amar; de modo que esa revelación personal se manifiesta adecuadamente al sujeto, como era de esperar.

Cuando el hombre se pregunta por la razón de su existir en el mundo, cuando se pregunta por su mundanidad, se autotrasciende, se autocomprende como trascendencia y se reconoce por tanto superior a toda la creación.

Pero cuando su existencia va desplegándose en la temporalidad, no puede menos que preguntarse por el sentido de ese despliegue. En el momento que reconoce la vida como «proyecto», es decir, cuando descubre que la vida entraña un sentido, se encuentra en las condiciones precisas para descubrir la vocación que ha recibido de Dios.

Ese descubrimiento de la vocación va acompañado de un descubrimiento personal de Dios y de un Dios personal, en la medida en que Dios mismo se le da a conocer.

Puesto que al oír la llamada y conocer la elección divina, necesita dar una respuesta de vocación, el hombre precisa conocer quién le llama, a qué le llama, para qué le llama, por qué le llama. Y eso exige una revelación personal de conocimiento: una revelación de la verdad de Dios, de sí mismo y del mundo en el que vive.

Y, al contrario, no puede haber verdadera y propia relación personal sin que sea una relación intercomunicadora y, normalmente, dialógica²¹.

Por otra parte ese conocimiento sobrenatural de Dios en el hombre que se ha bautizado de niño, se encuentra *implícito* en la infusión de la gracia y de las virtudes teologales por cuanto en todo sacerdocio, también el bautismal, no se realiza la «*consecratio*» sin una cierta «*revelatio*»²² que tiende a manifestarse al sujeto conforme va siendo apto para ello²³.

Ese conocimiento implícito de Dios, propio de la vocación, se explicita a través de:

—un proceso de maduración de la persona

21. Decimos «normalmente» para que no se preste a confusión la persona con sus actos: cabe una relación personal inconsciente, por ej., la de un niño pequeño dormido con su madre.

22. Cfr. E. DE LA LAMA, *La identidad eclesial del sacerdote*, Scripta Theologica (1983) 958: «Pero el sacerdocio no es tan sólo una «*consagratio*», sino también una «*revelatio*» que se encarna en la existencia misma: «El sacerdocio impreso en el alma humana como verdad confiere el sentido definitivo a la vida del sacerdote y de todos los hombres» (K. WOJTYLA, *Signo de contradicción. Meditaciones*, BAC, Madrid 1987, p. 168)».

23. La consagración puede no incluir expresamente aspectos «revelantes» (caso del que recibe de forma puramente pasiva sacramentos que imprimen carácter).

—y de una mejor comprensión de las verdades de la fe, que se le entregan en la Iglesia y por la Iglesia.

En efecto, es con el despertar de la razón cuando el hombre puede comprender, por la acción revelante de la gracia, que la vida que se le presenta como proyecto no es un simple proyecto humano sino que forma parte del plan eterno de Dios. En el momento en que se realiza esa comprensión, Dios le manifiesta la vocación; creado para amar. Concretamente, conoce a Dios como Padre amoroso.

Cuando es capaz de leer su vida como proyecto humano, la acción creadora y providente de Dios que le llama a la existencia y la vocación a realizar en esa existencia la santidad, coinciden en unidad de vida, como un proyecto divino y humano de vida sobrenatural. Esto no sucede sin la realidad de la gracia de la vocación que el bautizado ya posee como don de Dios, mas aún como Dios mismo en forma de don.

Estamos ante la primera manifestación de la vocación cristiana como iniciativa divina, que requiere una respuesta humana basada en la fe y en la generosidad de amor.

Y hemos tratado de mostrar que esa respuesta no puede darse sin que Dios se revele al hombre como verdad: quién es El y quién es el hombre; y, así, puedan relacionarse a través de la vida de la gracia.

Situados aquí procede ahora que consideremos la verdad de Dios, la verdad del hombre, la verdad del mundo en la verdad del amor.

7. *La vocación como revelación del amor*

Qui diligit me manifestabo ei me ipsum (Io 14, 21)

La revelación que tiene lugar en la vocación cristiana es principalmente la revelación del amor²⁴: el Amor de Dios; más aún Dios como amor²⁵.

24. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 10: «El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente». Vid. tb. Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-80, en donde se explica como Jesucristo revela al Padre, mediante la misericordia (nn. 1-2), que es el otro nombre del amor (nn. 7 y 8).

25. Cfr. C. S. LEWIS, *Los cuatro amores*, Rialp, Madrid 1991, p. 16-17: «El amor comienza a ser un demonio desde el momento en que comienza a ser un dios... si no tenemos en cuenta esa verdad de que Dios es amor, esa verdad puede llegar a significar para nosotros lo contrario: todo amor es Dios». Vid. tb. J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1980, p. 542.

Y la respuesta del hombre también es una manifestación de amor: el Amor a Dios, y, en Dios, al prójimo.

El hombre cree con más facilidad a quien le quiere; es decir: el amor hace más posible creer. También es necesaria la fe para amar. Por eso hemos llamado a la fe que salva, «la *fe del enamorado*».

En el caso de la transmisión de la fe, la Iglesia, con la instrucción en su doctrina salvífica y por la participación en los sacramentos de iniciación cristiana, nos introduce en la verdad revelada; mientras que, con la vocación, Dios nos despierta al amor.

La vocación pone en el hombre una nueva manera de entender y vivir las principales dimensiones del amor²⁶.

A través de la revelación humana del amor aparecen en la conciencia del hombre: la filiación, la ternura, la providencia materna y paterna, con la que va desarrollando sus capacidades; la fraternidad, la amistad; el amor sexual, con el despertar de la adolescencia y de la primera juventud. Diversos amores que el hombre conoce, en la familia primero, en la escuela después, o en las relaciones con las personas de su entorno (hermanos, parientes, amigos, vecinos, etc).

Estos amores configuran *el modo de ser* del hombre: su personalidad. Ser hombre quiere decir, en buena parte, ser hijo, ser padre, ser amigo, ser hermano, ser esposo. Descubrir estos amores en nosotros mismos; porque esta es la Imagen de Dios: conocer y amar.

Hacerse hombre consiste, entonces, en dar cauce a nuestra capacidad de amar en todas sus direcciones, en todas sus dimensiones; consiste en actualizar *plenamente* estas capacidades. Y en esto consiste la santidad: en la plenitud de la vida del amor. Un amor que se va convirtiendo, por la acción de Dios, por la identificación con Dios (divinización, endiosamiento), en el Amor. Consiste la santidad, en definitiva, en *conocer el Amor, en creer en el Amor, en vivir de Amor*.

A la vez, la educación²⁷ en la fe le irá proporcionado al cristiano el «depósito» de la Revelación. Mediante esta «*traditio*», pronto descubrirá que el mismo cauce natural de relaciones —crecimiento y conocimiento del

26. Cfr. J. PIEPER, *o.c.*, pp. 417-551. Según LEWIS, los amores fundamentales de la condición humana son cuatro: el afecto, la amistad, el eros y la caridad.

27. Cfr. R. SPAEMANN, *Ética: cuestiones fundamentales*, Pamplona 1987, pp. 33-57. Spaemann distingue entre la educación, por la que el hombre es introducido en la realidad, y la *formación*, por la que el hombre descubre el sentido de los valores.

amor y la verdad— entre los hombres que configuran el entorno de cada uno, será el camino para sus relaciones con las Personas divinas: la paternidad y la filiación (con el Padre); la fraternidad y la amistad (con el Hijo); el amor esponsal (con el Espíritu Santo).

Esta comprensión de lo sobrenatural no se lleva a cabo sin una luz especial, sin un deslumbramiento, sin la gracia de la vocación que se actualiza en cada persona por acción de Dios. Es, por tanto, iniciativa divina gratuita y amorosa por la que Dios busca al hombre, se le manifiesta, se le hace presente.

Esta acción divina se realiza y se verifica por la actualidad de la Encarnación redentora, mediante la cual Cristo mismo se une y se revela, en cierto modo, a cada hombre pero, particularmente, al hombre bautizado. Es decir, que el hombre vivencia esta acción trinitaria en Cristo²⁸ y en su Iglesia.

En un *primer momento*, la vocación se le manifestará al hombre como descubrimiento de la perfección o llamamiento a la santidad²⁹, es decir, como un deseo de algo grande, de unión con Dios, de entrega a Dios: es la generosidad del amor.

Este acontecimiento tiene lugar muy pronto; si en el sujeto hay una educación cristiana, aparece frecuentemente con el despertar del uso de la razón³⁰.

En un *segundo momento*, unos años mas tarde, en muchos casos con el despertar de la libertad —el uso de la libertad—, la vocación se manifies-

28. Cfr. R. FISICHELLA, *io.c.*, P. 95: «La historia de Jesús de Nazareth constituye de esta manera la expresión última de una teo-praxis que tiene la única finalidad de revelar el verdadero rostro del amor».

29. Cfr. J. L. ILLANES, *La llamada universal a la santidad*, en AA.VV., *La vocación cristiana*, Palabra, Madrid 1975, pp. 15-46; dice en la p. 17: «el hombre —cada hombre y mujer que nace sobre la tierra— no es tanto llamado a buscar la santidad, cuanto traído a la vida para, en esa vida, realizar la santidad».

30. Cfr. A. MILLAN PUELLES, *La formación de la personalidad humana*, Rialp, Madrid 1987, pp. 27-48. Santo Tomás, distingue en el desarrollo gradual de la razón en la vida del hombre, tres septenios de años y, en esas tres etapas, diferencia entre crianza (0-7); instrucción (7-14); y educación (14-21): corresponden a los conceptos de nutrición, disciplina y enseñanza. Y, a su vez, se refieren a los tres estados de la mente: «el primero cuando el hombre ni entiende por sí, ni puede comprender por medio de otro. El segundo es el estado en el que puede comprender por medio de otro, pero en el que no se basta a sí mismo para entender y comprender. El tercero es el que se da cuando el hombre no sólo puede comprender por medio de otro, sino también por sí mismo» (Santo Tomás, *Sum. Theol.*, Suppl., q.43, a.2), citado por A. MILLAN PUELLES, *ibidem*.

ta como un encuentro³¹, seguimiento y enamoramiento de Cristo: de su Persona, de su doctrina, de su Vida conocida mediante la novedad evangélica³².

Entendemos así que en la vocación se da la revelación como un proceso que acompaña el desarrollo del hombre. Se inicia con esos dos momentos privilegiados pero continúa durante toda la vida para consumarse en la eternidad³³.

8. *La vocación cristiana como madurez en Cristo*

In mensuram aetatis plenitudinis Christi (Eph 4, 13)

Por todo lo dicho, la vocación adquiere la cualidad de proceso de maduración³⁴; desvelando —es como un amanecer en la conciencia, un sentirse acompañado por alguien que estamos seguros de conocer— que requiere la fe y la generosidad para su comprensión y aceptación.

Es un proceso que se inicia con el descubrimiento de Dios como Padre, del que viene todo y que exige todo. Este descubrimiento nos manifiesta que pertenecemos a la familia de Dios —que nos quiere por lo que somos y no por lo que valemos; mas aún, nos quiere antes de que seamos y hace que seamos— y nos hace partícipes de lo que puede llamarse «la maternidad de Dios»³⁵, es decir, de la incondicionalidad del amor divino; y del amor fraterno y amigable de Cristo y del amor esponsal del Espíritu.

31. Cfr. R. LATOURELLE, *o.c.*, n. 16, refiriéndose a la Revelación como encuentro.

32. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, cit., n. 9: «Esta revelación del amor es también llamada misericordia, y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una historia y un nombre: se llama Jesucristo».

33. Cfr. R. LATOURELLE, *o.c.*, n. 18; y 528, para el carácter escatológico de la Revelación.

34. La madurez es la meta de todo proceso educativo; entendido como un proceso continuo, que exige determinar lo que hay que adquirir en cada momento, a partir de lo que, en cada momento, es cada uno; y, también, los objetivos y tareas para ese desarrollo: Cfr. J. I. CARRASCO DE PAULA, *Adolescencia y Juventud*, pp. 239-245, en GER, Rialp, Madrid 1984.

35. Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apost. *Mulieris dignitatem*, cit., n. 8; Vid.tb. J. PIEPER, *o.c.*, p. 543: «(el amor de la madre) a los hijos es «incondicional», es decir no sujeto a condición ninguna... El padre sí que pone condiciones; quiere que su amor sea «merecido»... Se ha dicho, con razón, que el amor de una persona madura debería poseer ambas cosas: el elemento materno y el paterno, algo que fuera al propio tiempo incondicionado y exigente.

El proceso continúa, hasta oír su llamada —*el que tenga oídos para oír que oiga*— en el diálogo de la oración, con el entendimiento de algo de un gran valor, de una misión, de un mensaje que proviene de una persona.

Así el hombre conoce y acepta esta irrupción del Amor *de Dios* en su vida como una elección divina, a la que el hombre responde con otra elección que toma la forma de una respuesta³⁶ de valor³⁷.

Quizá convenga advertir ahora que la vocación no debe confundirse con la elección de estado³⁸ (aunque ella exija, o condicione, también, el estado de vida, como consecuencia de su condición de respuesta de valor), puesto que la vocación supone una visión mucho mas amplia: concretamente, los deberes de estado se convierten en exigencias mismas de la vocación.

La vocación es dinámica: no es algo meramente dado, estático, sino realidad que se encarna en la vida y que se precisa con la vida misma. Todo acontecimiento es llamada, cada situación va perfilando la vocación, solo se dará a conocer plenamente en el momento que se consume la existencia temporal y se entre en la eternidad.

36. Cfr. D. HILDEBRAND, *Santidad y virtud*, Rialp, Madrid 1972, p. 173ss: «La conciencia de responsabilidad es un fundamento imprescindible para una vida auténticamente moral... es una actitud fundamental que nos conduce al mundo de los valores religiosos... La bondad es el núcleo de la moralidad, es el mas característico de todos los valores morales... el amor es bondad que se derrama hacia los demás. Toda la vida moral consiste en una respuesta a los valores... la respuesta más perfecta y profunda es la que damos en el amor».

37. Cfr. IDEM, *Etica cristiana*, n. 17, Herder, Barcelona 1962; después de analizar los diversos elementos de las respuestas de valor, tales como la intencionalidad, el autoabandono, la profundidad y afirmación, etc., añade, en la p. 249: «en el caso de las respuestas de valor mas fundamentales y sublimes encontramos todos esos elementos combinados en uno, en la medida en que ellos han penetrado plenamente en la persona. Tal es el amor que un santo tiene por Cristo».

38. Cfr. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, nn. 55-56, titulados: «Estados de vida y vocaciones»: «De este modo el único e idéntico misterio de la Iglesia se revela y revive en la diversidad de estados de vida y en la variedad de vocaciones;... los estados de vida... ciertamente es común —mejor dicho único— su profundo significado: el ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor». Vid. tb. J. MORALES, *art.cit.*, p. 839: «la historia teológica de la vocación cristiana se ha interpretado en gran medida desde la óptica de una espiritualidad monacal... se ha venido a separar salvación y santidad... identificar prácticamente vocación cristiana y vocación al estado religioso o sacerdotal». Sobre el concepto filosófico de estado, según Santo Tomás: cfr. A. MILLAN PUELLES, o.c., pp. 57-62.

Reducir la vocación a un proceso psicológico sería un grave error; aunque la dimensión psicológica exista, y debamos de hablar de momentos privilegiados que tienen una importancia decisiva. Se explica que los tratadistas clásicos hayan tendido a fijarse en esos momentos para definir la vocación como un proceso por el que el hombre reconoce su lugar en el mundo.

Hay que estar prevenidos también frente a otro peligro: la tendencia a identificar la idea de vocación con la de un fenómeno extraordinario a lo Saulo³⁹. Mas bien deberíamos fijar nuestra atención en S. José a quien la Voluntad de Dios se le va revelando poco a poco y con ocasión de diversos sucesos. Porque para S. José la vida de Jesús fue un continuo descubrimiento de la propia vocación⁴⁰.

Este proceso de maduración en el que se realiza la vocación no tiene lugar una sola vez, sino que se confirma repetidas veces en la historia de la persona hasta su muerte. Y por eso, la vocación exige una respuesta continuada, un sí de fidelidad cada vez. Y así se realiza la conjunción de la iniciativa divina y de la respuesta humana.

En este proceso se hace presente la Iglesia visible en su aspecto jurídico y comunitario. La intervención de la Jerarquía, especialmente a través del Magisterio, entendido como intérprete auténtico de la Revelación y garante de los carismas, certifica la autenticidad del hecho revelado a cada sujeto y a toda la comunidad. También la actuación de todos los educadores en la fe, especialmente de los padres cristianos, resulta decisiva.

En resumen: la vocación, en cuanto revelación, nace como un descubrimiento, conduce a un discernimiento, alcanza un entendimiento, y culmina con un compromiso de seguimiento de la persona llamada a la persona de Cristo, quien llega a ser no sólo *alter Christus* sino *ipse Christus* por la acción del Espíritu Santo.

9. *La vocación cristiana como revelación del ser histórico del hombre*

Quid est homo quoniam visitas eum? (Ps 8, 5)

Analicemos, ahora, otra propiedad de la Revelación: su carácter me-

39. Cfr. J. L. ILLANES, *Vocación II*, en GER, Rialp, Madrid 19843, pp. 660-661. Las palabras de los párrafos que siguen a la nota anterior son un cierto resumen de lo que ahí expone este prestigioso autor.

40. Cfr. J. ESCRIBA DE BALAGUER, *En el taller de José*, en *Es Cristo que pasa. Homilías*, Rialp, Madrid 198926, n. 54.

tahistórico⁴¹. Los hechos revelados, siendo históricos tanto en su causa como en sus efectos, conservan siempre una virtualidad que trasciende a los propios hechos y alcanza a las personas futuras quienes, al recibir en su corazón los contenidos de la revelación, los descubren con una luz propia y los hacen suyos.

Mediante la luz de la vocación, cada cristiano es capaz de entender los eventos de su propia vida como llamadas divinas que configuran una única llamada de Dios⁴².

De este modo, a cada uno, Dios le «revela» la historia de su vida como la historia de su vocación. Y, por tanto, del conocimiento de Dios que llama y del de su Voluntad.

La historicidad de la vocación se funda, en primer lugar, en la Providencia⁴³ de Dios, sobre todos y sobre cada uno; y queda incluida en el Misterio de los designios de Dios.

Esta Providencia hace posible que Su voluntad salvífica pueda ser captada por cada persona, a través de las circunstancias y de los acontecimientos en los que se desarrolla y se manifiesta el plan divino.

Quizá pueda hablarse también de una prehistoria de la vocación en la vida de cada hombre, que se explica por la elección divina, raíz de la vocación. Dios, si se puede hablar así, primero elige, y luego, llama.

Esta predilección divina difunde una luz nueva sobre las circunstancias de la vida de cada hombre: su nacimiento, la posición de su familia,

41. Empleamos este término en el mismo sentido que se aplica a la Resurrección de Cristo, para indicar la trascendencia y supervivencia de los actos históricos de la Revelación y especialmente del mismo Cristo. Aunque esta terminología ha sido empleada en un sentido que lleva «el riesgo de deshistorización y espiritualización del mensaje pascual» (Cfr. AA. VV., *El Misterio de Jesucristo*, Eunsá, Pamplona 1991, pp. 328-329); ha sido utilizada por el Magisterio del Papa, en el sentido que proponemos (cfr. p.ej. Discurso al UNIV'91, Domingo de Pascua de Resurrección, abril 1991). No puede hablarse, sin embargo, de carácter metahistórico para el carisma de la Inspiración bíblica, que con ser también un hecho histórico en cuanto a sus causas y efectos, no trasciende a los hagiógrafos.

42. Cfr. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Christifideles laici*, cit., n. 58: «El eterno plan de Dios se nos revela a cada uno sólo a través del desarrollo histórico de nuestra vida y de sus acontecimientos, y por tanto, sólo gradualmente: en cierto sentido de día en día».

43. Cfr. P. RODRIGUEZ, o.c., pp. 1-18; en la p. 15: «Dios —decía Mons. Escrivá de Balaguer en tiempos recientes (Conversaciones, n. 106)— no deja a ningún alma abandonada a un destino ciego: para todas tiene un designio, a todas llama con una vocación personalísima, intrasferible».

la época histórica, sus capacidades personales, las relaciones familiares, etc... adquieren un nuevo significado en razón de la vocación.

Y no sólo el pasado y el presente sino también incluso el futuro como entrega a Dios⁴⁴, como promesa de fidelidad, pues el futuro sólo está en manos del hombre como promesa⁴⁵.

La vocación cristiana supone, además una toma de conciencia en la vocación humana. Esa toma de conciencia es posible en cuanto que la vocación cristiana asume la vocación humana de cada sujeto en unidad de vida⁴⁶.

De modo que la vocación se configura, desde el sujeto, como una respuesta de totalidad, un sí definitivo y permanente, que abarca la completa realización del hombre, tanto de su dimensión temporal como de sus energías interiores y exteriores.

Esta novedad y totalidad de sentido en su relación con Dios, le descubren al hombre quién es Dios y quién es él y le hacen conocer al mundo como lugar de encuentro con Dios.

10. *La vocación cristiana en el Misterio Eucarístico*

Ut quis sacerdos fiat vocatio Dei necessaria est (cfr Hebr 5, 4).

44. Cfr. P. RODRIGUEZ, o.c., pp. 21-2 tituladas: «la vocación como entrega a Dios del propio futuro».

45. Cfr. J. CHOZA, *Manual de antropología filosófica*, Rialp 1988, p. 379: «Prometer es siempre prometer-se, elegir es siempre elegir-se. Prometer es, por supuesto, poseerse en el origen, pero también poseerse en el futuro y proyectarse por encima del tiempo y en él, determinarse y *serse* en un sentido concreto, garantizar que a través de cualesquiera vicisitudes uno mismo será siempre uno mismo y estará siempre allí para alguien o para algo, de esta o de aquella manera, y esto es poseerse en el futuro»; y en la p. 367: «la vida no la tiene (el hombre) la va teniendo poco a poco día tras día, año tras año; está en el futuro, y por eso, *ahora* no puede darla sino prometerla. Darse y amar en el hombre, es prometer, prometerse».

46. Cfr. J. L. ILLANES, o.c., p. 35, donde, citando a Mons. Escrivá de Balaguer, (*Carta*, Roma, 15-X-1948), dice: «El Señor nos ha dado a cada uno cualidades y aptitudes concretas, unas determinadas aficiones; a través de los diversos sucesos de vuestra vida se ha ido perfilando vuestra personalidad y habéis visto como más propio, un cierto campo de actividades. Al trabajar después en ese campo concreto, se ha ido configurando progresivamente vuestra mentalidad, adquiriendo las características peculiares de ese oficio o profesión. Todo eso —vuestra *vocación profesional*— habéis de conservarlo, puesto que es cosa que pertenece a vuestra vocación a la santidad. La *vocación humana* es parte, y una parte importante, de vuestra *vocación divina*».

Por último sabemos que, tanto la plenitud de la Revelación como la Vocación, se realizan en Jesucristo: *es Jesús quien se hace presente; y se revela; y nos llama* a participar en su Persona, en su vida, y en su misión. Es la virtualidad de su Persona viva la que *resuelve* el proceso de maduración de la vocación cristiana.

Pues bien, Jesús realiza esa mediación en, y a través de, la Liturgia⁴⁷ y eminentemente en la celebración del misterio Eucarístico, donde se contiene la plenitud del Amor y de la Verdad para ser participados sacramentalmente.

El misterio Eucarístico contiene, en primer lugar, la aceptación y el entregamiento de Jesús a su vocación. Y también debe contener nuestra aceptación y entregamiento: «haced esto en memoria mía», y lo hacemos; «Tomad y comed...» y nos comulgamos con Cristo.

Como hemos intentado mostrar en las líneas precedentes, al ser la vocación una cierta donación de Dios en el amor y en la verdad, la respuesta del hombre ha de configurarse también como una entrega de sí mismo a Dios.

Y una entrega amorosa. Porque si amar significa aprobar⁴⁸ comprender, dar, servir; desde luego amar significa darse, pues el amor supone entrar en comunión con el amado.

Y una entrega de totalidad (la entrega a Dios o es total o no es a Dios) que compromete por entero a toda la persona hoy y ahora y en el mañana.

Y al ser, además, la respuesta del hombre una respuesta de valor, pues la entrega del amor supone saberse valioso para el otro, ese entregamiento es un empeño de perfección; una perfección humana y divina, que llamamos santidad.

Pues bien, el Misterio Eucarístico contiene también ese entregamiento entre Dios y el cristiano: Jesucristo se entrega al Padre y a los hombres mediante la re-presentación sacramental del Misterio de la Pascua; el Padre

47. Cfr. A. DEL PORTILLO, o.c., pp. 39-40; 46: «el sacerdote ha de enseñar a todos los fieles a participar de tal manera en la liturgia que, a través de ella... experimenten —con un sentido vocacional— las exigencias de la llamada universal a la santidad, cada uno dentro de su estado y condición, y sepan vivir según el Evangelio de Jesucristo».

48. Cfr. J. PIEPER, o.c., p. 436: «en todos los casos imaginables del amor, amar quiere decir aprobar».

nos entrega al Hijo, decreta y acepta el Sacrificio y envía su Espíritu para realizarlo.

El Sacramento de la Pasión, de la cruz y de la Resurrección refuerza y consolida la invitación a una conversión completa de nuestra vida estrechamente unida al Sacramento del Perdón.

Al celebrar el Sacrificio Eucarístico se celebra también nuestra propia existencia: lo central de ella, en comunión con Cristo. Una vida plenamente entregada a Dios (al Padre) y plenamente entregada a los hombres. Como hijo, como hermano, como esposo: como Cristo. Para eso —y por eso— se alimenta, se identifica, piensa y siente como Cristo, al participar de la Eucaristía.

La vocación cristiana recibida en el sacramento del Bautismo, reafirmada por el «don del Espíritu Santo» en la Confirmación, adquiere su plenitud en el Misterio Eucarístico, que —estrechamente unido al Sacramento de la Penitencia—, es, podemos decir, «el lugar» donde se forja y donde se plenifica la vocación de cada uno.

Tanto en la liturgia de la Palabra⁴⁹ —proclamación de la Verdad que salva— como en la liturgia Eucarística, es donde se consuma el Amor con las Tres Personas divinas y especialmente con Jesucristo: por El y en El, y por tanto en la Iglesia y por la Iglesia⁵⁰.

Esta cierta «revelación» personal y subjetiva que llamamos vocación cristiana, indica por parte de la acción divina una predilección que condiciona la participación en el amor y en la verdad y confiere, con la vocación, la madurez y la plenitud espiritual a la persona con una conciencia iluminada y piadosa, es decir, con una conciencia enamorada.

José M^a Souto-Ugidos
Doctor en Teología
MADRID

49. Cfr. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Pastores dabo vobis*, cit., n. 47: «A la luz y con la fuerza de la Palabra de Dios es como puede descubrirse, comprenderse, amarse y seguirse la propia vocación; y también cumplirse la propia misión hasta tal punto que toda la existencia encuentra su significado unitario y radical en el ser el fin de la Palabra de Dios que llama al hombre, y el principio de la palabra del hombre que responde a Dios».

50. Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a los jóvenes*, cit., n. 9: «Toda vocación de vida como vocación cristiana está arraigada en la «sacramentalidad de la Iglesia»; se forma por tanto mediante los sacramentos de nuestra fe».